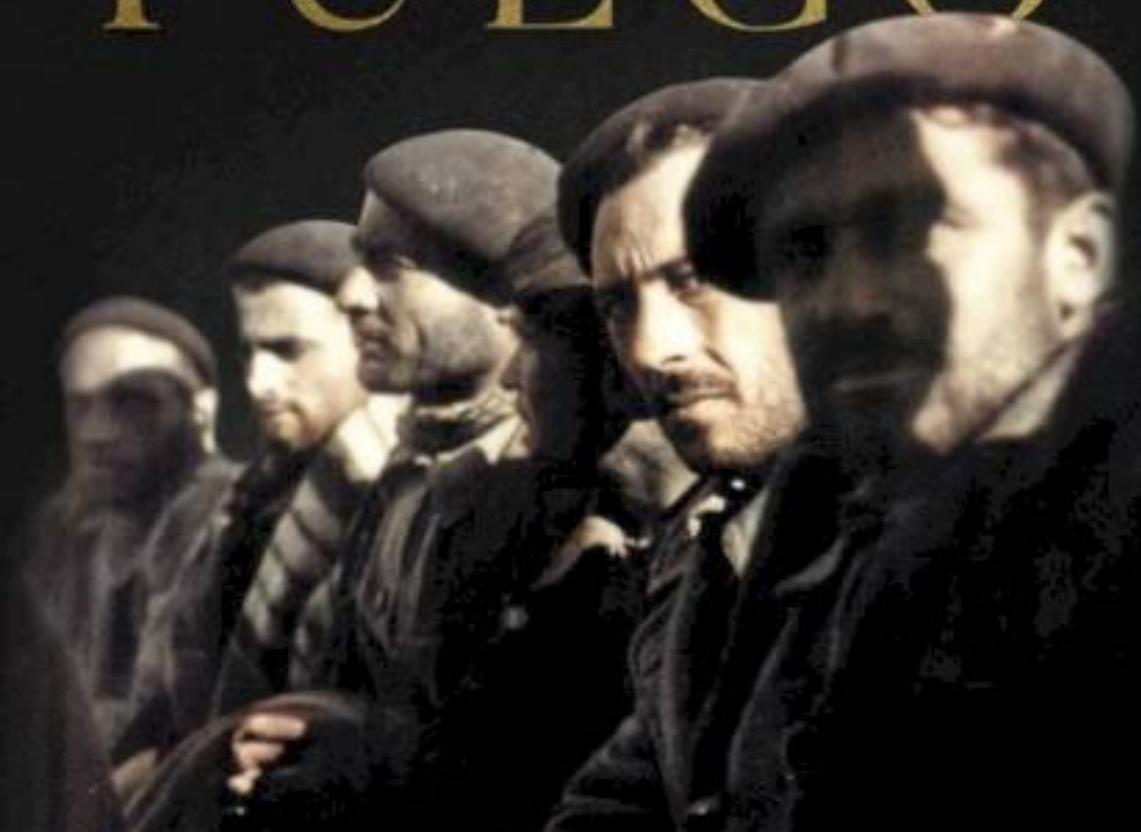


ARTURO
PÉREZ-REVERTE

LÍNEA
DE
FUEGO



«Es lo malo de estas guerras civiles, ¿verdad?... Oyes a un enemigo herido llamar a su madre en el mismo idioma que tú, y como que así, ¿no?... Se te quitan las ganas».

Durante la noche del 24 al 25 de julio de 1938, la XI Brigada Mixta del ejército de la República cruza el río para establecer una cabeza de puente en Castellet del Segre. En las inmediaciones del pueblo, medio batallón de infantería, un tabor marroquí y una compañía de la Legión defienden la zona. Está a punto de comenzar la batalla del Ebro, la más cruda y sangrienta que se libró nunca en suelo español.

Combinando de forma magistral la ficción con datos históricos y testimonios personales, Arturo Pérez-Reverte sitúa al lector, con sobrecogedor realismo, entre quienes, voluntarios o a la fuerza, lucharon en los frentes de batalla de la Guerra Civil. Sus nombres no son los que recuerda la Historia, pero cuanto les sucedió resuena en estas páginas con el dramatismo de una memoria que nos pertenece a todos.

Esta no es una novela sobre la Guerra Civil, sino sobre los hombres y mujeres que combatieron en ella. La historia de los padres y abuelos de numerosos españoles de hoy.

Índice

Primera parte. Sombras en la orilla

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI

Segunda parte. Choque de carneros

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII

Tercera parte. Los dientes del diablo

- Capítulo I
 - Capítulo II
 - Capítulo III
 - Capítulo IV
 - Capítulo V
 - Capítulo VI
- Epílogo

Según este relato, en la noche del 24 al 25 de julio de 1938, al comienzo de la batalla del Ebro, 2.890 hombres y 18 mujeres de la XI Brigada Mixta del ejército de la República cruzaron el río para establecer la cabeza de puente de Castellets del Segre, donde combatieron durante diez días.

En realidad, ni Castellets, ni la XI Brigada, ni las tropas que se le enfrentan en *Línea de fuego* existieron nunca. Pero, aunque las unidades militares, los lugares y los personajes que aquí aparecen son todos ficticios, no lo son los hechos ni los nombres en que se inspiran. Fue exactamente así como padres, abuelos y familiares de numerosos lectores de este libro combatieron en ambos bandos durante aquellos días y aquellos trágicos años.

La batalla del Ebro, que causó más de veinte mil muertos nacionales y republicanos, fue la más dura y sangrienta de cuantas se han librado en suelo español, y sobre ella hay abundante documentación, partes de guerra y testimonios directos. Con todo eso, combinando hechos reales, rigor, invención y algunos recuerdos personales y familiares, el autor ha construido la novela.

Los rojos luchan con tesón, defienden el terreno palmo a palmo, y cuando caen lo hacen con gallardía. Han nacido en España. Son españoles y por tanto, valientes.

Juan Yagüe. General franquista

Ni nosotros éramos unas bestias rojas, ni ellos tipos asesinos fascistas. Ellos y nosotros, los mejores de ellos y los mejores de nosotros, éramos jóvenes y buenos. Digo esto porque parece que está de moda ponernos a caldo a nacionales o a republicanos. Porque creo que sería mejor que nos juntásemos y los hiciésemos callar a estacazos.

Un oficial de la 46.^a División republicana. Alfambra

Entender el idioma del enemigo, hablar la misma lengua de los que matan, de los que tienes que matar, es un suplicio que deprime como si una montaña cayese en los hombros... Un hombre que dice como nosotros novia y amigo, árbol y camarada. Que se alegra con las mismas palabras y jura también con las palabras que juras tú. Que iría a tu lado, bajo tu bandera, cargando sobre gentes extrañas.

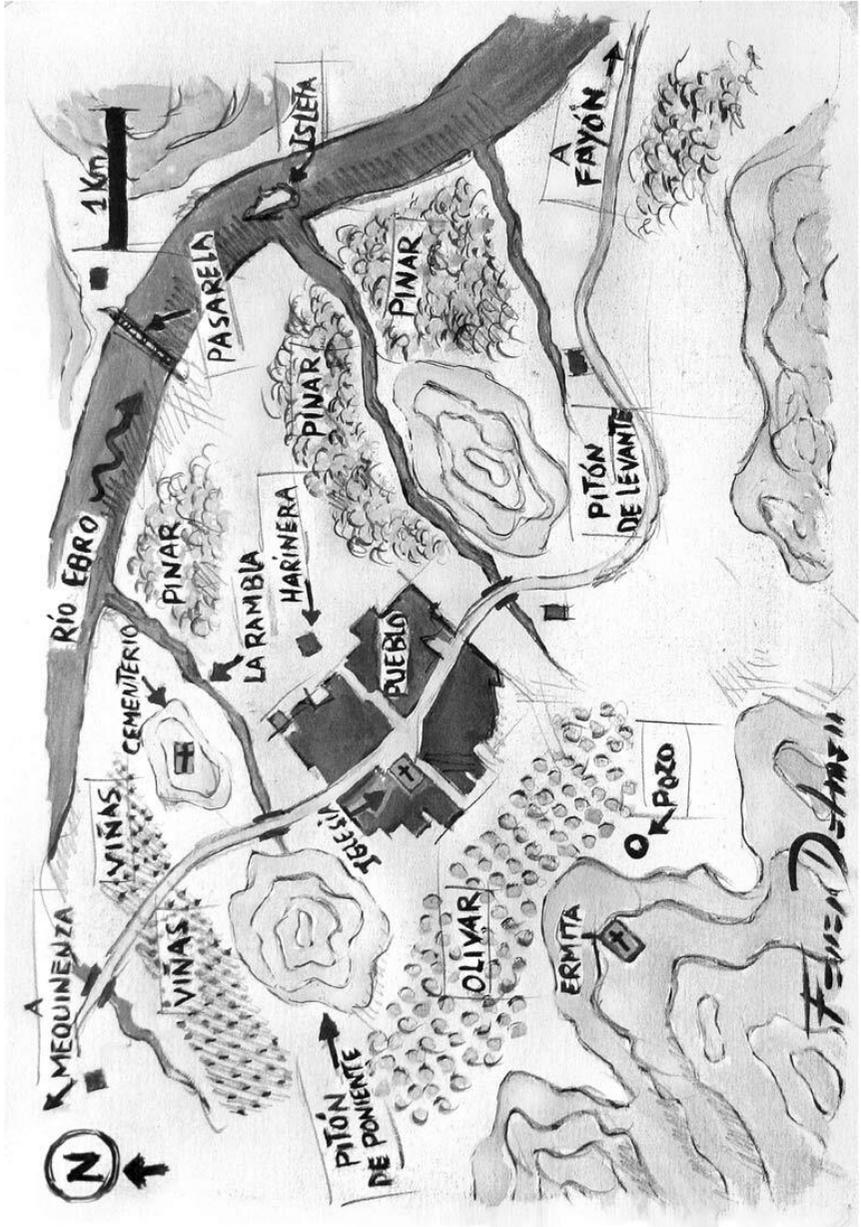
Rafael García Serrano. *La fiel infantería*

La terquedad contra la tenacidad, la audacia contra la osadía; y también, justo es decirlo, el valor contra el valor y el heroísmo contra el heroísmo. Porque, al fin, era una batalla de españoles contra españoles.

Vicente Rojo. Jefe de E. M. de la República

Qué brutos, Dios mío. Pero qué hombres.

Arturo Barea. La forja de un rebelde



A Augusto Ferrer-Dalmau, pintor de batallas

Primera parte
SOMBRAS EN LA ORILLA



I

Son las 00:15 y no hay luna.

Agachadas en la oscuridad, inmóviles y en silencio, las dieciocho mujeres de la sección de transmisiones observan el denso desfile de sombras que se dirige a la orilla del río.

No se oye ni una voz, ni un susurro. Solo el sonido de los pasos, cientos de ellos, en la tierra mojada por el relente nocturno; y a veces, el leve entrechocar metálico de fusiles, bayonetas, cascos de acero y cantimploras.

El discurrir de sombras parece interminable.

Hace más de una hora que la sección permanece en el mismo lugar, al resguardo de la tapia de una casa en ruinas, esperando su turno para ponerse en marcha. Obedientes a las órdenes recibidas, nadie fuma, nadie habla y apenas se mueven.

La soldado más joven tiene diecinueve años y la mayor, cuarenta y tres. Ninguna de ellas lleva fusil ni correa como las milicianas que tanto gustan a los fotógrafos de la prensa extranjera y ya nunca pisan los frentes de verdad. A estas alturas de la guerra, eso es propaganda y folklore. Las dieciocho de transmisiones son gente seria: cargan una pistola reglamentaria al cinto y, a la espalda, pesadas mochilas con un emisor-receptor, palos de antena, dos heliógrafos, teléfonos de campaña y gruesas bobinas de cable. Todas son voluntarias en buena forma física, disciplinadas, comunistas de militancia y con carnet del Partido: operadoras y enlaces de élite formadas en Moscú o por instructores soviéticos en la escuela Vladimir Ilich de Madrid. También son las únicas de su sexo adscritas a la XI Brigada Mixta para cruzar el río. Su misión no es combatir directamente sino asegurar, bajo

el fuego enemigo, las comunicaciones en la cabeza de puente que el ejército republicano pretende establecer en el sector de Castellet del Segre.

Dolorida por las cinchas del almacén que lleva a la espalda con una bobina de quinientos metros de cable telefónico, Patricia Monzón —sus compañeras la llaman Pato— cambia de postura para aliviar el peso en los hombros. Está sentada en el suelo, recostada en su propia carga, contemplando el discurrir de sombras que se dirigen al combate que aún no ha empezado. La humedad de la noche, intensificada por el río cercano, le moja la ropa. Como la bobina que lleva colgada a la espalda no le deja espacio para mochila ni macuto —se enviarán con el segundo escalón, han prometido—, viste un mono de sarga azul con grandes bolsillos llenos de lo imprescindible: paquete de cura individual, una tira cortada de neumático para detener hemorragias, un pañuelo, dos paquetes de Luquis y un chisquero de mecha, documentación personal, el croquis a ciclostil de la zona que les repartió el comisario de la brigada, un par de calcetines y unas bragas de repuesto, tres paños y algodón por si viene la regla, media pastilla de jabón, una lata de sardinas, un chusco de pan duro, el manual técnico de transmisiones de campaña, un cepillo de dientes, un palito para apretar en la boca durante los bombardeos y una navaja suiza con cachas de asta.

—Estad atentas... Nos vamos en seguida.

El susurro circula entre la sección. Pato Monzón se pasa la lengua por los labios, respira hondo, vuelve a cambiar de postura acomodándose mejor las cinchas en los hombros, y al alzar el rostro para mirar el cielo la borla del gorrillo le roza las cejas. Nunca en su vida había visto tantas estrellas juntas.

Es su primera acción de combate real, pero se beneficia de experiencias ajenas. Lo mismo que la mayor parte de sus compañeras, cuando hace cuarenta y ocho horas supo que su destino estaba al otro lado del Ebro se hizo rapar el

pelo por dos razones de importancia: que no se vea de lejos que es mujer, y reducir en los próximos días, poco favorables a la higiene, la posibilidad de que le aniden piojos u otros parásitos. A sus veintitrés años eso le da un aspecto andrógino, de muchacho, acentuado por el gorriño cuarterero, el mono azul, el cinto de cuero con cantimplora, pistola Tokarev TT-33 y dos cargadores de reserva, además de las botas de clavos rusas recibidas una semana atrás, tan nuevas que aún le hacen ampollas en los talones. Por eso las lleva colgadas del cuello por los cordones, y como casi todas sus compañeras calza alpargatas de suela de esparto atadas con cintas a los tobillos.

—En pie, venga... Ahora nos vamos de verdad.

Es la única voz masculina de la sección, la del teniente de milicias Herminio Sánchez. Su silueta menuda y flaca se mueve entre ellas, repitiendo la orden. Pato no puede verle el rostro, aunque lo supone como de costumbre: escurrido, mal afeitado, siempre sonriente. Comunista, como la mayor parte de los jefes y oficiales de la brigada. Se hace querer y en la unidad lo quieren. Es un buen muchacho, con sus castillitos del arma de Ingenieros en los picos de la camisa, sus chistes malos sobre curas y monjas, las gafas de concha y el pelo prematuramente cano bajo la gorra de plato, tan rizado que todas lo llaman Harpo.

—Formad en fila de a una.

Resoplidos, murmullos, sonido de equipos, roces con las compañeras en la oscuridad al agruparse puestas en pie. Se tocan unas a otras para formar fila a lo largo de la tapia, sin más orden que el azar.

Evitando pensar en lo que espera tras la otra orilla — aun así le sorprende no sentir miedo, solo una vaga aprensión que contrae el estómago—, Pato se concentra en el camino hacia la ribera cercana, donde aguardan los medios de franqueo del escalón de asalto: lanchas a remo, balsas y botes de pescadores. Para el cruce del Ebro y la gran ofensiva republicana de la que Castelletts constituye el flanco

occidental más extremo, la República ha requisado todo cuanto puede flotar entre Mequinenza y el Mediterráneo.

—Andando, y sin hacer ruido —se oye susurrar a Harpo—. Los fascistas aún no se han enterado de la que les viene encima.

—Pues ojalá tarden mucho —comenta una voz de mujer.

—Con que sigan despistados una hora más, estará de caramelo —dice otra.

—¿Ya empezaron a cruzar los nuestros?

—Hace rato... Nadadores con bombas de mano y equipo ligero sobre neumáticos de coche hinchados. Los vimos pasar ayer.

—Vaya tíos. Hay que tener valor para remojarse de esa manera, en una noche y un lugar así.

—Pues todavía no se oye nada al otro lado.

—Esa es buena señal.

—Con tal de que dure hasta que estemos allí...

—Vale ya. Cerrad la boca.

La última orden, malhumorada, proviene de la sargento de milicias Remedios Expósito. Reconoce Pato fácilmente su voz entre las otras: ronca, cortante, con malas pulgas —maneras de Moscú, las llaman en broma las chicas—. Es una mujer seca y dura, comunista de la primera hora. La de más graduación y edad de la sección. Estuvo en el asalto al cuartel de la Montaña y en la defensa de Madrid y luego se formó durante un mes en la academia de comunicaciones Budionny de Leningrado. Viuda de un sindicalista muerto en Somosierra en julio del 36.

—¿Aún estamos lejos del río? —pregunta alguien.

—Que os calléis, coño.

Caminan en la oscuridad procurando no tropezar, pegada cada una a la compañera que la precede. La única luz es la de las estrellas que sobre sus cabezas cuajan la noche.

El sendero invisible desciende suavemente hacia el río. A uno y otro lado se intuyen ahora, agrupados, numerosos

bultos de hombres que aguardan inmóviles. Se percibe su olor a ropa sudada y sucia, aceite de armas y humanidad masculina.

—Alto... Agachaos.

Pato obedece, como todas. Las cinchas de la bobina de cable telefónico siguen lastimándole los hombros, así que aprovecha para sentarse y descansar la carga en el suelo.

—Si alguien quiere mear —susurra Harpo—, que aproveche ahora.

Alguna de las compañeras próximas se mueve en busca de la postura adecuada. Pato está demasiado incómoda por el equipo; tendría que deshacerse de él, abrir el mono y volver después a encajarlo todo; así que decide hacérselo encima, tal como está. Inmóvil, siente el líquido caliente correrle entre los muslos y empapar las perneras del mono hasta las rodillas, húmedas ya por el relente nocturno.

Vicenta Espí, la compañera que tiene más cerca, se le apoya en un hombro. Es una muchacha regordeta y guapa que fue operaria de la Singer y fallera de su barrio un par de años antes de la sublevación facciosa. Valenciana, la llaman, y es también su primera acción real de combate. En la pesada mochila lleva dos teléfonos de campaña que pesan diez kilos cada uno: un Aurora Roja ruso y un Feldfernsprecher NK-33 alemán de los cogidos a los fascistas en Teruel. Como Pato, procede de las Juventudes Comunistas, pero se conocieron hace cuatro meses en la escuela de transmisiones: algún baile en el tiempo libre, alguna sesión de cine, alguna confidencia. La Valenciana es buena chica, con un hermano artillero en el mismo frente.

—¿Has meado, Pato?

—Encima.

—Como yo... A ver si hay suerte y es lo único que nos mojamos esta noche.

Se quedan calladas, hombro con hombro. Esperando. En el silencio que sigue solo se escucha el rumor de la corriente del río, muy próxima, y el sonido amortiguado pero

audible de las barcas que cargan hombres en la orilla. Ciento cincuenta metros separan esta de la otra, en ese lugar. Pato lo ha calculado en el croquis que lleva en un bolsillo: ciento cincuenta metros de agua, noche e incertidumbre.

Harpo y la sargento Expósito se mueven a lo largo de la fila, dando instrucciones.

—Cabemos seis en cada bote, que lleva dos remeros —cuchichea el teniente.

—¿No hay pasarelas? —pregunta una voz.

—Los pontoneros no las tenderán hasta que haya luz, y a nosotros nos toca ahora.

—¿Qué pasa si nos disparan estando en mitad del río?

—Ocurra lo que ocurra, que nadie grite, ni hable, ni haga otra cosa que esperar a encontrarse al otro lado... Nos reagruparemos allí.

—¿Entendido? —remacha la sargento.

—¿Y si nos dispersamos al cruzar?

—Los camaradas que pasaron a nado han tendido marmomas de orilla a orilla, para guiarnos... Están puestas a ras del agua y un poco en diagonal, a fin de aprovechar la corriente.

—¿Entendido? —insiste Expósito, áspera.

Le responde un coro de susurros afirmativos.

—Joder, son jais —exclama una castiza voz de hombre a la derecha del sendero.

En torno a ellas brota un murmullo de expectación masculina, piropos incluidos, acallado en el acto por los mandos.

—Olé vuestros ovarios, prendas —susurra una última voz.

Después vuelve el disciplinado silencio, que solo alteran los ruidos apagados que vienen del río. Pato escucha con atención: sonido de remos, entrechocar de maderas o armas, órdenes dadas en voz baja. Sin reacción enemiga, por ahora. Sabe que en ese momento, río abajo, entre Castelletts y Amposta, a lo largo de unos sinuosos ciento cincuenta